

# Capitalismo y esquizofrenia

RAFAEL MC NAMARA  
(UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE – ARGENTINA)



Reseña de Carbone, Rocco, *Lanzallamas. Milei y el fascismo psicotizante*, Buenos Aires, Debate, Penguin Random House, 2024, 141 pp.

Recibida el 2 de febrero de 2025 –  
Aceptada el 28 de febrero de 2025

Deleuze dijo alguna vez que el pensamiento es un monstruo. Por otro lado, nada obliga a pensar tanto como lo monstruoso. Definición deleuziana: el monstruo es una curiosa *determinación* que deja subsistir lo *indeterminado* (por ejemplo, ciertos cuadros de Goya o algunos planos de David Lynch). Aparece algo determinado que, al mismo tiempo, nos hace sentir un fondo oscuro, putrefacto, vomitivo o amenazante que sube a la superficie y se nos viene encima. Una potencia de indeterminación que desdibuja los contornos de lo conocido, de lo tenido por seguro. Hay entonces cierta afinidad (¿ella misma monstruosa?) entre el pensamiento y aquello que, violencia noética mediante, lo obliga a ponerse en movimiento. Por ejemplo: afirmaciones como “la justicia social es una atrocidad” o “entre el Estado y la mafia, me quedo con la mafia”, dichas por Javier Milei, ¿qué fondo hacen subir? Esto nos fuerza a pensar. Más aún cuando eso que sube resulta coronado por la que supo ser definida como la más maravillosa música.

Vuelven entonces algunas preguntas básicas del pensamiento político. Primero: ¿qué es esto? Luego: ¿qué hacer? En *Lanzallamas. Milei y el fascismo psicotizante*, Rocco Carbone plantea, de entrada, casi como apurado por el vértigo de los tiempos que corren, un nombre y una tarea. No se detiene tanto en la pregunta “qué es esto” sino que nombra directamente a la cosa: es fascismo. En cuanto al “qué hacer”, lo mismo. No hay mucha vuelta: hay que resistir (una vez dicho que resistir es, necesariamente, crear algo nuevo). Estas dos decisiones ontológico-políticas enmarcan un intento por comprender el modo de operar de la fuerza política que ocupa actualmente la estatalidad argentina. Veamos algunas de las pistas que propone.

En primer lugar, como dijimos, está la cuestión del nombre. Ya desde los primeros días del gobierno de Milei se planteó la discusión acerca de la pertinencia del nombre "fascismo", pero Carbone no duda. "Nombrarlo es una estrategia para la liberación y simultáneamente una pedagogía. Porque hasta tanto las cosas inquietantes no son nombradas, no existen" (p. 13). O bien, como sugerimos más arriba, existen, pero bajo la forma de una nebulosa que pesa sobre nuestra afectividad como una incógnita que no llegamos a enfocar. Algo como un sordo malestar. Ya lo dijimos: el fondo que sube puede ser nauseabundo, aun cuando no sepamos a ciencia cierta con qué nos hemos indigestado. Es el margen de indeterminación del monstruo. Pero al definir al monstruo con uno de los conceptos políticos disponibles es posible determinar lo indeterminado y ponerlo frente a nuestros ojos, no ya como una Cosa innombrable, sino como lo que es: el "gobierno desnudo del capital. El fascismo, en última instancia, es eso" (p. 16). Todo ese griterío ensordecedor, ese ruido que acompaña desde sus inicios el ascenso de Milei y que ofusca los sentidos y nubla la razón, no es más que una capa sonora que cubre el otro sonido, inaudible en gran medida, de la acumulación capitalista acelerada.

Claro que no se trata de decir que estamos ante una repetición desnuda del fascismo histórico. Milei no es Mussolini. Carbone advierte en seguida que su lectura no es politológica sino operativa. De esta manera, el fascismo es pensado como "un modo de acción, de pensamiento, de poder, de ideología de la barbarie; un proyecto reaccionario disfrazado de revolucionario" (p. 14). Esta operatividad, puesta al servicio del gobierno desembozado del capital, busca privatizar todo, empezando por la esfera de la estatalidad. El objetivo es colonizar el

Estado con las fuerzas del mercado, lo que equivale a transformarlo en "máquina de tortura para su sociedad" (p. 49). El Estado se transforma, así, en una máquina que deshumaniza al pueblo al despojarlo de sus más nobles pasiones: la solidaridad, el altruismo, la generosidad que no espera nada a cambio, el deber cívico, etc. Para eso, el discurso libertario empieza por criminalizar al Estado ("asociación ilícita", "nido de ratas", etc.), para descriminalizarse a sí mismo. En este punto, Carbone es categórico: el fascismo "no es una opinión sino un crimen" (p. 48).

Desde el punto de vista discursivo, este nuevo fascismo utiliza un método que Carbone llama "psicotizante": "La esencia de este poder puede sintetizarse de este modo: decir cada día algo opuesto a lo dicho el día anterior" (p. 113). Se trata de una manera muy efectiva de desarmar todo intento de crítica, ya que la arena en que se mueve esta discursividad no guarda relación alguna con la racionalidad. En este sentido, y como dice uno de los epígrafes del libro, el fascismo no es una idea, sino la muerte de todas las ideas. Es decir, una pura negatividad.

Forma parte esencial de este método un procedimiento generalizado de *banalización*. Se trata de eliminar la complejidad inherente a un campo social democráticamente articulado. En efecto, una sociedad democrática es aquella que asume la esencial complejidad del pluralismo político e intenta encauzarla en un proyecto que incluya el reconocimiento de las diferencias. La reducción de las posiciones diferenciales a meros epítetos insultantes en el campo mediático implica una estrategia descarada de banalización cuyo único objetivo es borrar la alteridad. Aquí, Carbone apunta una precisión importante: no se debe confundir la banalización con la simplificación.

Simplificar implica sutiles procedimientos cognitivos que distinguen lo importante de lo accesorio, para construir un discurso que logre comunicar lo esencial. Banalizar, en cambio, significa realizar una simplificación que descarta lo principal y subraya lo superfluo. Así, por ejemplo, frente a una situación de excepción como la pandemia, el discurso libertario hizo caso omiso de la extrema complejidad del momento y la banalizó cuando, al montarse sobre un legítimo sentimiento de fragilidad psicosocial, cristalizó el temor a la pérdida individual de la libertad en una frase que se transformó en bandera: ¡viva la libertad, carajo!

Este método, sostenido en el tiempo, socava los niveles lógicos del discurso y, con ello, destruye toda posibilidad de raciocinio y discusión política con parámetros mínimamente razonables. El discurso actual del poder es enloquecedor. Esto incluye, por supuesto, una discursividad violenta (por ejemplo, la del troll, “el fascista de red”, p. 22) que ante la diferencia de pensamiento recurre al insulto, la injuria, al grito desencajado que sólo busca silenciar al otro (y, en última instancia, desaparecerlo, eliminarlo, matarlo: “clavar el último clavo en el cajón del kirchnerismo”). “El método del poder fascista tolera mal el pluralismo y la pluralidad inherente a la politicidad de otros métodos de poder (el democrático, por ejemplo)” (p. 22). La democracia resulta una amenaza para el fascismo. O, como mínimo, un límite. Por eso se propone destruirla.

Luego de una introducción general, el libro se organiza en tres partes: Reacción, Máquina y Momento Arlt. En tanto reacción, el poder fascista del Siglo XXI nace de una causalidad múltiple. En primer lugar, un momento de crisis que incluye la amenaza cierta de una nueva guerra mundial y, por supuesto, el instante de excepción

pandémico que aún no hemos terminado de digerir. Reacción, también, al momento de alta ebullición emancipatoria que caracterizó a la política latinoamericana entre 1998 y 2015. “Frente a la amenaza de una revolución continental democrática que había tomado el Estado, se hizo necesario organizar un remedio aún más drástico que el golpe de Estado. Se hizo necesario responder con una reacción musculosa; con una revolución reaccionaria, una fuerza mimética de la emancipación” (p. 37). Uno de los procedimientos ensayados por el poder global radica en expropiar a las fuerzas emancipatorias de su potencia revolucionaria. Así, hemos asistido a la emergencia de un poder esencialmente conservador disfrazado de emancipación, empezando por la utilización de la palabra “libertad” despojada de sus sentidos más profundos (en este sentido, la “revolución de la alegría” macrista puede ser pensada como un pálido ensayo del mimetismo “revolucionario” de La Libertad Avanza). Al igual que los libros de Milei, toda la verba libertaria está plagada de imitaciones y plagios.

La declamada guerra contra la casta (otro tópico emancipador tergiversado) se transforma, en la realidad de su ejercicio, en una “guerra contra la sociedad nacional” (p. 35). Esta guerra declarada se verifica fácilmente, de acuerdo con Carbone, en los diversos crímenes sociales perpetrados por este gobierno desde su asunción: pacientes oncológicos que no reciben tratamiento por parte del Estado, jubilaciones paupérrimas que dejan morir a nuestros ancianos, instituciones que dejan de atender necesidades sociales básicas al ser desmanteladas y, en general, una miseria planificada que no sólo se desentiende del sufrimiento cada vez más extendido, sino que incluso parece disfrutarlo. El socavamiento de la esfera pública de discusión democrática

(destrucción de las bases mínimas para el desarrollo del debate público razonable) habilita la activación y liberación de pasiones oscuras y nos pone frente a un triste espectáculo: el de una crueldad no sólo aceptada, sino incluso deseada. En este sentido, "menos que un hecho del pasado, el fascismo es una potencia negativa siempre actual, trágicamente disponible y que oportunamente sabe volver" (p. 43). "Fascismo" designa, entonces, más que una ideología política o un sistema de gobierno, un conjunto de pasiones tenebrosas que, en determinados contextos, pueden ser activadas.

De repente, las pasiones de los poderosos (acumulación obstinada, lucro sin límites, exhibicionismo obsceno, prepotencia) se hicieron tolerables para quienes no lo son. Pasiones destructivas que, amplificadas por las "redes antisociales" y la "mediaticidad monopólica" (p. 52), son el combustible del fascismo psicotizante. Liberadas de los controles institucionales y morales, estos afectos producen un daño profundo en el tejido social. Según Carbone, estos (anti)valores "pueden ser atemperados por la estatalidad. Por una estatalidad peculiar, que puede ser adjetivada, según el caso, de nacional y popular, democrático-disidente o revolucionaria" (p. 52).

La Reacción fascista es total: busca arrasar con toda diferencia. Esta reacción encuentra un gran amplificador en lo que Carbone llama la "Máquina" (segunda parte del libro). Con este nombre, se pone en primer plano una lógica articulada a través del código binario de la informática: el lenguaje digital. Se trata de una lengua constituida por los dígitos 0 y 1, "metáfora de una estructura elemental de pensamiento, comunicación y operatividad de poder político" (p. 67). Esta lógica informa también las "redes antisociales" en un

estilo de comunicación puramente emotivo, vaciado de racionalidad, que se limita a reaccionar con emoticones (me gusta, me asombra, me enoja, me encanta; o bien, el más literalmente binario de YouTube, de pulgar arriba o pulgar abajo). Vehículo privilegiado para el método psicotizante, que apela a la ambigüedad y a la contradicción (cuando no a la "indescifrabilidad" –p. 55–), el lenguaje binario de las redes escinde la emotividad de la racionalidad, erosionando aún más el debate argumentativo. Pero no sólo eso. Estos dispositivos permiten difundir discursos que influyen a la opinión pública con efectos políticos concretos.

"Las redes, entonces, encarnan un modelo cognitivo, pero sobre todo organizativo" (p. 69). Achatan nuestros modos de expresión y pensamiento, buscan la reacción instantánea y propagan fácilmente informaciones falsas o, como decíamos antes, banalizadas. Un concepto como el de *banalidad del mal* podría ser resignificado a la luz del contexto actual. Cualquier imbécil anónimo dice cualquier cosa y puede ser premiado con un *retweet* del presidente. "Las redes, entonces, son funcionales al fascismo –lo vuelven posible y aceptable– porque lo contrabandean como una opinión más entre otras" (p. 69).

Esto es así porque la estructura mental del propio fascismo es marcadamente binaria. Se trata de un poder esencialmente negacionista. "Lo que no puede ser afirmado (1) debe ser negado (0)" (p. 76). Así, todo lo que no pueda ser afirmado desde el gobierno desnudo del capital, será negado. El cambio climático es un ejemplo entre otros. Esta caracterización permite explicar el carácter "celular" (p. 77), además de psicotizante, del poder encarnado por Milei. Se trata de un poder que *mina* (en el doble sentido de destrucción y extracción) nuestros aparatos cognitivos y emocionales a

través de las múltiples aplicaciones que portamos en nuestro bolsillo. Carbone recuerda en este punto el célebre relato de Cortázar sobre el reloj que parecen regalar-nos, cuando en realidad los regalados somos nosotros. “De esto se desprende que el celular es un colosal aparato de control, vigilancia y propaganda que ha transformado al ser humano en su aplicación” (p. 77). Sin que nos demos cuenta, “el celular (aparato y hecho social) se ha vuelto *celular* (injertado en las células)” (p. 79).

La configuración de la “máquina” se complica aún más teniendo en cuenta las transformaciones profundas del mundo del trabajo y su precarización cada vez más dependiente de las aplicaciones y dispositivos celulares. La *uberización* o *rappización* del trabajo redundan en nuevos modos de alienación e informalidad. Esto da como resultado la emergencia de nuevos sectores sociales que formaron parte del electorado que optó por Milei en las últimas elecciones presidenciales. Como haciéndose eco de los clásicos versos de Hölderlin, Carbone sugiere aquí que, allí donde crece el peligro, puede crecer también lo que salva. Así, cabe la pregunta por un eventual devenir sujeto de la historia de esas nuevas masas de trabajadorxs informales. ¿Un nuevo proletariado? ¿Una nueva figura de emancipación posible? Inspirado explícitamente en Marx, Carbone no teme pronunciar la palabra: “Conocemos su nombre y sus impactos en varios planos existenciales [...]. Debe ser pronunciada con cuidado y un leve estremecimiento: revolución” (p. 80). Si bien ese horizonte no parece cercano, Carbone parece sugerir que no cabe clausurar ninguna de las puertas alguna vez abiertas en la historia. Es posible que la acumulación de malestares en el campo popular coagule en alguna invención social que cambie el signo de los tiempos. Si el fascismo es una

fuerza oscura siempre latente en la historia, también lo es la emancipación. La búsqueda de modos de “defensa sindical” del mundo del trabajo informal se presenta, a la mirada de Carbone, como una de las vías posibles para comenzar a salir del nuevo “sistema colonial-esclavista” (p. 85) articulado con la expansión del poder celular y el universo del *delivery*.

La primera parte del libro, sobre la “Reacción”, puede ser considerada como la filosofía política del fascismo psicotizante y su método; la segunda, “Máquina”, despliega su teoría del conocimiento como modo de organización política; en la tercera y última, titulada “Momento Arlt”, Carbone se propone indagar nuestro presente a partir de la relación entre literatura y política. Lo hace trazando una serie de paralelos y resonancias entre el fenómeno Milei y el díptico arltiano formado por las novelas *Los siete locos* y *Los lanzallamas*.

El marco conceptual de esta tercera parte es construido a partir de una doble pinza conceptual: la que se forma entre engaño y deseo. La obra de Roberto Arlt, como fuente para pensar esto, es puesta en tensión fecunda con la célebre afirmación de Deleuze y Guattari sobre el que, de acuerdo con ellos, constituye el problema fundamental de la filosofía política: “No, las masas no fueron engañadas, ellas desearon el fascismo en determinadas circunstancias, y esto es lo que precisa explicación, esta perversión del deseo gregario” (Gilles Deleuze y Félix Guattari, *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, citado en p. 103). Al desplegar un relato sobre el “fascismo como locura colectiva” (p. 103.), Arlt pensó, a contrapelo de los franceses, en mayorías engañadas. La operación de Carbone consiste en poner ambas tesis en relación dialéctica, para afirmar que “la locura del fascismo se tensa entonces entre el engaño

programado y el deseo de ser engañadxs por haber sido asediadxs por un colosal aparato de propaganda, que en la Argentina tiene tres dimensiones: mediaticidad monopólica, (descontrol de las) redes antisociales y racionalidad del mercado llevada al corazón de la estatalidad" (p. 103.). Deseo y engaño son, de este modo, anudados como "deseo de ser engañadxs" por un enorme y complejo dispositivo informacional puesto al servicio de la colonización de todas las esferas de la vida por el poder económico. El engaño programado desde el Estado se monta sobre ese anudamiento anterior y termina de dar forma a la locura que estamos viviendo. Capitalismo y esquizofrenia.

Los paralelos entre la imaginaria arltiana y el momento argentino actual son muchos y notables. Sin meternos en los detalles jugosos que Carbone extrae de las dos novelas para echar luz sobre los métodos de Milei y compañía, cabe mencionar aquí el planteo general de la situación problemática y su solución alucinada. Las novelas de Arlt se publican en 1929 y 1931, es decir, en un arco que va del Crack Financiero y la Gran Depresión (1929) al primer golpe de Estado de la historia argentina en 1930, marcado como el comienzo de la Década Infame. Más que la ficción, es este contexto real el que, de acuerdo con Carbone, funciona como telón de fondo de la creación arltiana. La crisis económica, política y existencial se cuela en el texto por todos lados y forma una atmósfera cargada de frustración, precariedad y alienación. Frente a esto, surge el proyecto de una Sociedad Secreta para construir una "colonia revolucionaria" y un "sistema ideológico *fascinante*" (p. 108). Este sistema utiliza el método psicotizante descripto más arriba ("una ensalada rusa que ni Dios la entiende", en palabras del personaje del Astrólogo, citadas en p. 104). Es llevado adelante

por una sociedad secreta formada por un grupo reducido de supuestos iluminados, *los siete locos* (que recuerdan, claro está, al grupo aún más reducido y delirante que maneja actualmente las redes estatales en Argentina). De manera análoga, Milei logró hacerse del gobierno luego de la crisis sin precedentes configurada por la pandemia. El alto desorden cognitivo, emocional y, por supuesto, económico que ocasionó, fue el caldo de cultivo en donde maduró el momento actual. Desorden condicionado a su vez "por una guerra que tiene escala mundial, un genocidio latente ahora reactivado, y por la «crisis climática», expresión torpe que nombra en verdad la precarización de la existencia humana, animal y vegetal. Este conjunto de cuestiones (sin duda abierto) señala una inestabilidad política, existencial, espiritual. Y de esta inestabilidad se alimenta el fascismo psicotizante y celular de Milei" (p. 109).

El fascismo psicotizante en el gobierno corona, por arriba, un poder enloquecedor que ya estaba creciendo por abajo. En ese sentido, y a la hora de complejizar el diagnóstico, se podría poner en serie lo teorizado por Carbone y el trabajo que hace años viene realizando el Colectivo Juguetes Perdidos. La locura del capitalismo contemporáneo pega fuerte en las mentes y los cuerpos, intensificando el ejercicio de un poder difuso, microfísico, que succiona la vitalidad y transforma la existencia en vidas cansadas y enloquecidas. Es la vida en los tiempos de la *precariedad totalitaria*, concepto fundamental de los Juguetes Perdidos (al respecto pueden verse la reseña que escribimos con Julián Ferreyra en *Ideas13* –"Acariciando lo áspero"– y la que Julián publicó en *Ideas20* –"Políticas de la precariedad"–).

A pesar de las apariencias, no estamos ante un diagnóstico sombrío y derrotista.

Más bien se trata de un aporte para comprender el fenómeno con vistas a combatirlo. Hay que mirar al monstruo de frente, con lucidez y coraje, sabiendo que de este lado también hay un monstruo temible que quizá no esté tan dormido como parece. Y ellos lo saben. A lo largo del libro aparecen destellos de una potencia popular emancipadora que sigue ahí, que no se fue a ningún lado. Que insiste y que insistirá. Aparece como memoria de todas las disidencias de la historia que supieron encarnar el *gran rechazo*, incluso el rechazo absurdo e insensato, frente a poderes que parecían demasiado grandes (pp. 61-2, donde recurre a Pasolini para pensar el intento de magnificidio de Cristina Fernández de Kirchner). Como herederas de ese legado, Carbone cita una y otra vez a las tradiciones peronista y de izquierda en Argentina, como cantera para volver a pensar una articulación política emancipadora (eso que hacia el final del libro llama "cookismo", tomando el nombre de John William Cooke como figura de síntesis –p. 124–). Tradiciones relacionadas con luchas que interrumpen el "sentido común" (p. 72) individualista y cruel que temporariamente tomó el centro de la escena pública. La lucha tiene que empezar, según Carbone, por "interrumpir nuestra participación en la construcción del sentido común" (p. 75), es decir, por una autoevaluación constante que invente los modos de sustraerse a la fascinación que el fascismo psicotizante ejerce también en nuestras filas.

Esa interrupción tiene un fuerte componente ético: "El pensamiento dualista y la expansividad de su poder pueden enfrentarse antagonizando su ética" (p. 94). Esa ética no es otra que la capitalista, que afirma el sinsentido de toda construcción colectiva y entroniza al individuo como único camino (la senda del "sálvese quien pueda"). Frente

a esta ética, el campo popular opone lo colectivo y lo diverso, figuras de la complejidad social democrática mencionada más arriba (también conocida como *comunidad organizada*).

Aquellas memorias del *gran rechazo* y esta postura *ética* derivan, por último, en una apuesta *política*. Comienza por "arrancarles de la boca la palabra libertad para empalmarla con otras pasiones políticas intensas sin abstracción: igualdad, por caso, pues ellos no pueden afectar esa idea. [...] Y la igualdad es esto: la radical y necesaria articulación de las diferencias" (p. 122). "Articular las diferencias" se declina, finalmente, en una ineludible disputa por la estatalidad como "poder de freno" (p. 123) frente al gobierno desnudo del capital. El *gran rechazo*, entonces, no es pensado sólo desde las resistencias micropolíticas sino también como proyecto político al servicio de la emancipación de las grandes mayorías populares.

El antifascismo es pensado aquí como un "humanismo radical popular" (p. 127): una potencia latente que viene de lejos y permanece alojada en las fibras del cuerpo popular. Una llama que a veces (como ahora) puede parecer debilitada, pero que se mantiene siempre presente, como brasa que puede ser reavivada por el viento de la historia en cualquier momento, para un nuevo comienzo.